



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



9 de febrero de 1889



Núm. 67



LA MADONA DEL GRAN DUQUE (cuadro de Rafael)



UN RATO DE CHARLA

HE visto en los periódicos que se trata de celebrar en la Alhambra, bajo los mágicos techos de la Alhambra, la coronación del gran poeta español D. José Zorrilla, y desde ahora digo que me entusiasma, que aplaudo y que admiro tan felicísimo pensamiento.

Zorrilla es una gloria nacional, pura, intachable; y bien se le debe ese tributo de veneración y de cariño.

No se ofenda nadie; pero Zorrilla es tan grande, á mi juicio, que los demás poetas semejan á su lado liliputienses.

Coronemos, pues, á D. José Zorrilla; honrémonos coronándole.

Esta vez el entusiasmo está en su punto y no puede tacharse de mímico-lírico-bailable, como tantos otros de que solemos vernos sin ton ni son acometidos. Zorrilla ha demostrado con creces lo que vale y lo que puede.

Es además un ejemplo rarísimo en este país presupuestivoro y políticástico: no ha querido ser empleado nunca; rechazó la secretaría de la embajada de España en París, y eso que estaba muy apurado; y no se ha dignado nunca figurar entre los componentes de nuestros *Cuerpos Colegislativos*.

Ni siquiera le ha nombrado senador ninguna sociedad eco-nómina.

Esto sólo bastaría á coronarle; pero, dejando semejantes méritos á un lado, hay que laurearle por lo que es y solamente ha querido ser: teniendo en cuenta su condición de poeta.

¡Cuántos á quienes vemos darse mucho charol no hacen más que plagiarle! ¡Cuántos que quieren hacerse pasar por genios no son sino unos *zorrilloides*!

Él ha jugado siempre enseñando las cartas; se ha inspirado tan solamente en sus propios sentimientos, y de ahí esa solidez granítica de sus versos, que hace (con viva desesperación mía) inmutable y sempiterno á su *Don Juan Tenorio*.

Pero no prefiero precisamente yo á Zorrilla como autor dramático,



El monigote

sino como poeta lirico ¡Qué levendas las tuyas! ¡Qué robustez en aquellas redondillas!

Es además un hechicero, un brujo en punto á métrica: nadie es capaz

de escribir estrofas tan armoniosas, nadie posee mayor riqueza de lenguaje, nadie acertaría á emular la endiablada soltura con que maneja los consonantes más difíciles y raros.

Ciertamente que el poeta debe ser, ante todo, hombre de sentimiento, pero no le es menos indispensable saber hacer versos. De otra manera todo el mundo sería poeta, al estilo de lo que de sí mismo escribía D. José de Espronceda al decir:

¡Yo, con erudición, cuánto sabría!

No pongo en duda que son poetas cuantos nos lo confiesan en sus escritos; pero si me salen con un verso cojo ó con consonantes pedestres, ni el más testarudo de todos ellos será capaz de convencerme á mí de semejante cosa.

Podráse tener instintos poéticos, pero el instinto no es la inteligencia, no es la sabiduría.

En Zorrilla se realiza todo eso: siente mucho, pero escribe bien y *versifica* como puede cantar un sinsonte.

Un ejemplo: Todos saben lo que son versos *de álbum*: unos versos *albuminosos*, ó, si se quiere, *amerengados*, bien que la albúmina forme indispensablemente parte de los merengues. Pues bien: léanse las décimas escritas por Zorrilla en el *Album* de la infanta D.^a Isabel, y se encontrará el leyente con una de las poesías más maravillosas que haya trazado la pluma del autor (1).

¡Cuándo pienso que en Francia se volvían locos con su Victor Hugo, y que nuestro Zorrilla, como poeta, no le cede en un ápice al autor de *La leyenda de los siglos*, con la diferencia de ser nuestro poeta más natural, menos hinchado y más popular que el de Francia!

Coronemos, pues, á D. José Zorrilla; consagremos esa gloria legítima, de oro puro, toda bondad y patriotismo de veras; aclamemos al gran poeta nacional, al Homero español, al hombre honrado y digno, hasta quien no han llegado jamás los hedores de la política; sacerdote del Arte, arriño de las Letras, y con eso modelo de hombres laboriosos.

La coronación de Zorrilla bajo los artesonados de la Alhambra, necesita ser una demostración palmaria de que en España apreciamos ante todo y sobre todo á los hombres de alta inteligencia y de sano corazón.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



(1) Aparecieron en LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA de 1883.



REVISTA DE HIGIENE

UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

Si miran Vds. la firma de este artículo, verán que no lleva la de nuestro común amigo (creo poder llamarle así) el *Doctor Pánfilo*. Y ¿qué ha de llevar si el doctor nos ha salido ahora con que se ha marchado... ¡á Mequinez!

Como EL CAMARADA, si bien va al Moghreb, no llega hasta dicha población, y no es fácil, por lo tanto, que el doctor se entere, les diré á Vds. que el tal D. Pánfilo es hombre de intransigente moralidad, un tanto cazurro, ya que no misántropo, *bourru*, como dicen los franceses; aborrecedor de irregularidades, vaciedades, farsas, discursos parlamentarios y alcoholes industriales. Nuestro hombre, pues, leyó en *El Resumen* un artículo en que *de visu*, y aun *de tactu*, se hacía lenguas su digno director de la seguridad personal y de la perfecta tranquilidad de que se gozaba en los dominios de S. M. Sheriffiana; y como acertaba á ser precisamente cuando comenzaba á echar sus luminosísimos é interesantes discursos los padres y abuelos de la patria, y marcaba el termómetro 3º bajo cero, no le fué menester más para trasportar á Marruecos sus penates.

Ansiosos estábamos todos sús amigos por ignorar su paradero y no recibirse en la redacción *original* alguno de aquel ídem, cuando nos trajo el cartero carta suya, fechada en la supradicha ciudad, participándonos D. Pánfilo su cambio de domicilio y manifestándonos que, dedicado enteramente al estudio del árabe (¿querrá naturalizarse?) y á escribir una obra vindicando á los marroquíes de parecerse en nada á los españoles del tiempo del anterior y del actual señores ministros de Relaciones Exteriores, no podía seguir colaborando en este periódico y resignaba en mí sus funciones.

Amigo yo de D. Pánfilo, hasta la muerte, no he creído poder negarme á su voluntad ¡que Allah quiera no deba ser la última! y ahí me tienen Vds. ahora en clase de suplente hasta que D. Pánfilo se decida á regresar á su cara patria, lo cual no dudo hará así que aprieten los calores.

Explicado ya el por qué de este cambio, sólo me resta decir que, identificado en un todo con mi venerado maestro, haré por manera de que no le parezca á nadie que ha perdido en la sustitución, así como tampoco que ha ganado.

Y ahora, no queriendo abusar ya más de la paciencia de mis lectores, doy aquí punto, prometiendo para la revista siguiente hablar de cosas algo más interesantes y pertinentes al asunto.

ALFREDO OPISSO



LA REUNION DE NIÑOS

Mi hermana Sibila cumplió ocho años el 1.º de enero y yo iba á cumplir diez y seis el 19, y por eso mamá dijo que celebraríamos los dos días en uno solo con una reunión de niños. Sólo puso por condición que se hiciera el programa y se adoptasen las disposiciones convenientes sin molestarla en cosa alguna. Únicamente se comprometía á dar la cena y el te. De todo lo demás debía cuidarme yo, y al efecto dióme la cantidad necesaria para comprar tarjetas de invitación, programas y algunos pequeños juguetes para repartir á los convidados.

Las tarjetas, extendidas en cartulina de color, se circularon muy pronto, y esperamos con ansia las contestaciones. Mi hermanita Sibila me las hizo leer todas y quedó muy satisfecha de su contenido. Algunas de las invitaciones no fueron aceptadas por causa de enfermedad; pero la mayoría de los convidados contestaron afirmativamente.



Sibila



Escribiendo las invitaciones

En el día y hora convenidos, comenzaron á llegar, y recibióseles á la puerta de la biblioteca, convertida en guardarropa, conduciéndoseles después al comedor.

Mamá había mandado comprar bizcochos de varias clases, y preparó una bandeja llena de rebanadas de pan y manteca con azúcar muy blanco. También había nueces, diversos frutos, café y leche.

A las cuatro y cuarto nos sentamos todos á la mesa, y cuando se hubo tomado el te pasamos al salón. Cada niño dió el brazo á su pareja, formando todos un grupo del más gracioso aspecto. Todos extrañaron que yo hu-

biese colocado seis sillas en línea en medio de la habitación; pero yo les dije que se trataba de un juego muy divertido. Dispuse que seis niñas fuesen á

sentarse, é hice salir á otros tantos niños de la estancia, diciendo á las primeras que eligiesen uno de los segundos y nos dijeran cuál era. Cuando yo tocase la campanilla, uno de los salientes debía entrar, y arrodillarse á los pies de la niña que en su concepto le hubiera elegido. Si adivinaba, quedábase en el salón y era aplaudido; y de lo contrario, debía salir, en medio de las risas de todos, sin decir á sus compañeros á qué niña se había dirigido.

Este juego divirtió mucho á toda la reunión, dando lugar á inocentes bromas que recrearon durante un buen rato á todos los niños.

Mamá y papá aseguraron que habíamos tenido muy buen acierto para elegir los juegos, y diéronnos su permiso para que comenzara el baile. Antes de esto, mi hermana Sibila, que hacía los honores, pasó una bandeja entre las niñas para que tomaran un bizcocho, y yo hice lo mismo con los niños.

A las siete de la noche, terminado el baile, en el que menudearon las polkas, los valeses y la galop, nos llamaron á cenar. La mesa ofrecía un bonito golpe de vista, habiéndola adornado con flores y luces de color. No faltaron, al tomar el te, toda clase de golosinas: pasas, higos, naranjas, bombones y otros confites de diversas clases; pues papá quiso excederse, proporcionándonos las más agradables sorpresas.

Terminada la cena, todos los niños se retiraron con sus respectivas ayas, y tanto yo como Sibila recibimos los plácemes de papá y mamá por lo bien que habíamos dirigido la fiesta.

No recuerdo haber pasado nunca un día tan feliz, del cual conservo aún como memoria un programa de los que circulamos para hacer las invitaciones.



Mi hermanita Sibila me las hizo leer todas...

LA SANGRE

M nuestro organismo ó cuerpo le sucede lo que á una máquina de vapor cualquiera, que, á medida que trabaja, gasta fuerzas y consume combustible. Cada función, cada acto, cada movimiento que ejecuta nuestro cuerpo, supone el empleo de determinada fuerza y el gasto de cierta sustancia. Si no se repusiera esta sustancia, no podría funcionar el cuerpo, como no puede funcionar la máquina de vapor, el fogón ó la estufa cuyo combustible no se repone según se va consumiendo: se apagarían al cabo de cierto tiempo,

como se apaga la vida del cuerpo á que falta el alimento, que es el combustible del hogar de nuestra existencia.

Pero los alimentos necesitan sufrir varias preparaciones, trasformarse para servir de combustible al cuerpo. Tal es el fin del gran acto de la digestión, mediante el cual se convierten en *quilo* las sustancias que comemos y bebemos.

El quilo, pues, no es otra cosa que los alimentos trasformados, por virtud de las funciones digestivas, en un líquido ó humor de color blanco lechoso, con multitud de globulillos microscópicos.

La reunión de niños



Cada niño dió el brazo á su pareja...

El quilo, unido á otro humor análogo llamado *linfa*, entra en el torrente circulatorio y se convierte á su vez en *sangre*, que él prepara, ó, mejor, repara en las pérdidas que experimenta al nutrir el cuerpo.

La sangre que preparan y forman el quilo, la linfa y aun el aire que respiramos, constituye, en último término, el combustible que necesita la máquina humana (nuestro cuerpo) para vivir y funcionar. Cuando nos falta la sangre ó no tenemos la suficiente, nos morimos, á la manera que se apaga una lámpara que se queda sin aceite.

Constituye la sangre, así formada, el humor fundamental de nuestro cuerpo, del que es el medio reparador por excelencia: sin ninguna ó con

poca sangre no nos nutrimos, y no podemos vivir por lo tanto.

Pero ¿qué es la sangre? Como hemos dicho, un humor; mas no un humor cualquiera, pues es de color rojo más ó menos oscuro, de sabor ligeramente salado, algo alcalino y de un olor especial que la caracteriza. Consta de dos partes distintas: una líquida y trasparente que se llama *plasma*, y otra sólida que la forman los denominados *glóbulos* de la sangre, que son unas moléculas ó corpúsculos que nadan en el plasma. Tiene, además, la sangre, la propiedad de coagularse ó solidificarse, en cuyo caso se divide en dos porciones: el *suero*, que se compone de la parte más líquida del plasma; y el *coágulo*, que lo componen los glóbulos y una sustancia que se congela en filamentos muy delgados y se nombra *fibrina*.

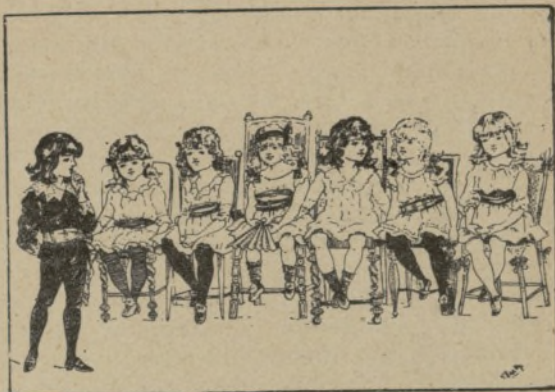
Las sustancias que constituyen la sangre, químicamente considerada, se presentan en los tres estados en que pueden encontrarse los cuerpos, pues son gaseosas, líquidas y sólidas. Los gases de la sangre son los mismos de que se compone la atmósfera, á saber: ácido carbónico, oxígeno y azoe; los líquidos se reducen al agua, que la contiene en la proporción de 779 por 1,000; y los sólidos consisten en el hierro (140 partes de 1,000), varias sales y grasas, azúcar, albúmina y algún otro.

La eficacia nutritiva de la sangre radica en los glóbulos, que se dividen en *rojos* y *blancos*, y de ellos en los primeros, que son los que dan color á la sangre, que, considerada sin estos corpúsculos, resulta un líquido amarillento.

Los glóbulos rojos, llamados también *hematias*, son numerosísimos, como puede comprenderse observando al microscopio una gota de sangre, en la que al punto se ven multitud de ellos moviéndose en el plasma. Los siguientes cálculos dan idea de la inmensa cantidad de glóbulos rojos que contiene la sangre humana.

Según las observaciones de los sabios, en cada milímetro cúbico de sangre hay cinco millones próximamente de esos corpúsculos; y como se estima que en el cuerpo humano existen, por término medio, de 5 á 6 litros de aquel humor, resulta que un hombre de cuerpo regular posee veinticinco trillones de glóbulos sanguíneos. Estos números, tan extraordinariamente grandes, nos revelan lo infinitamente pequeños que son esos corpúsculos, que la vista más penetrante no podría distinguir sin el potente y maravilloso auxilio del microscopio. Especie de átomos, se asemejan al polvo, apareciendo á la vista como una masa compacta.

Partiendo del número de glóbulos rojos que hemos dicho que contiene la sangre de un hombre, y en la idea de que cada uno de ellos mide 7 milésimas de milímetro por término medio, se ha hecho el cálculo de que, colocándolos en serie unos después de otros, formarían una línea de 175,000 kilómetros de larga, con la que se podría dar cinco vueltas próximamente á la tierra.



Juego de preudas

Los glóbulos blancos, llamados también *leucocitos* y *linfáticos*, son mucho menos numerosos que los rojos, con los que están en la relación de 1 á 500. Son algo mayores y más irregulares que éstos, pareciéndose enteramente á los que se forman en las inflamaciones, postemas, etc., y constituyen en ellas lo que vulgarmente se denomina *pus*.

Cuando aumenta el número de los glóbulos blancos, disminuye el de los rojos, siendo este hecho signo de enfermedad, de debilidad orgánica, de pobreza de sangre, en la que en tal caso predomina la linfa: de aquí los temperamentos *linfáticos* en oposición á los *sanguíneos*, que son los originados por una sangre rica en glóbulos rojos.

Las personas en cuya sangre abundan los glóbulos blancos ó linfáticos, concluyen por padecer de *anemia*, enfermedad terrible que mina nuestra existencia y que si no se corrige á tiempo termina por arrebatarlos la vida. Los anémicos necesitan, no sólo una buena alimentación, sino además tomar hierro y otros reconstituyentes que aumenten los glóbulos rojos de la sangre y doten á ésta de condiciones de vitalidad, reduciendo á sus justos límites los glóbulos blancos, á cuyo predominio debe la sangre su letal empobrecimiento, que frecuentemente es causa de la *tisis* y la *escrófula*, y aun del *raquitismo*, enfermedades que tantos millares de niños han conducido y conducen al sepulcro.

No quiere decir esto que los glóbulos linfáticos ó blancos sean en sí perjudiciales, pues en la proporción dicha sirven para regular la calidad de la sangre, que sin ellos sería superabundantemente rica y con la exageración del

temperamento sanguíneo ocasionaria, como es frecuente que ocasione, los estados llamados *pletóricos*, de que se originan las *hemorragias* y ciertas enfermedades del cerebro y el corazón, que también suelen acarrear la muerte. Son, pues, necesarios los glóbulos blancos para mantener el equilibrio vital, pero no rebasando los límites señalados.

Como vulgarmente se repite, la sangre es más espesa que el agua, lo cual se debe á los glóbulos: por ello es también más pesada que este líquido, pues mientras que un litro de agua pesa 1,000 gramos, uno de sangre pesa 1,055, según todas las experiencias hechas al efecto.

Además es la sangre un líquido caliente, que en el cuerpo humano alcanza la temperatura de 39° centígrados próximamente, mientras que la general del mismo cuerpo es de 37° 5'.

La sangre no conserva siempre el bello color rojo que de ordinario ostenta en las personas de buena salud y complexión normal. La que se saca de una sangría, por ejemplo, tiene el de púrpura oscuro, que pronto se enrojece al contacto con el aire, y más si se agita. Dentro del cuerpo tenemos la sangre venosa, que es oscura, negra; y la sangre arterial, que es roja. En los que no hacen ejercicio físico ofrece ciertos reflejos azulados, de donde viene el llamar de *sangre azul* á las personas aristocráticas. Predomina la *sangre negra* en las que trabajan mucho corporalmente.

Se explican estos hechos por los de la circulación de la sangre, que es la función mediante la que es ésta llevada, á impulso del corazón y á través de la tubería que forman *venas* y *arterias*, á todas las partes del cuerpo para que cada una tome de ella la sustancia que necesita para nutrirse. Dejando esto para otra ocasión, concluiremos diciendo que, en la vuelta que á ese efecto da por el cuerpo, invierte la sangre unos 30 segundos.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA



VARIEDADES

AUNQUE es tarea muy difícil determinar con la debida exactitud las leguas cuadradas que tiene la superficie del globo y el número de habitantes que lo ocupan, de los datos más autorizados recogidos hasta el día resulta la siguiente estadística:



Una
torpeza

Europa, con 500,000 leguas cuadradas de tierras conocidas, tiene 227.000,000 de habitantes.

Asia, con 2.000,000 de leguas, tiene 600.000,000.

Africa, con 1.200,000 leguas, tiene 80.000,000.

América, con 2.500,000 leguas, tiene 39.000,000.

Oceanía, con 600,000 leguas, tiene 20.000,000.

Total, 6.800,000 leguas cuadradas con 966.000,000 de habitantes.

Ocupan las aguas 8.500,000, que sumadas con las que ocupan la tierra, dan un resultado de 15.300,000 leguas.

Con estimar como muy verídicas las cifras que acabamos de apuntar, hay autores que consideran que la superficie del globo alcanza proporcionalmente unas 26.000,000 de leguas cuadradas, en cuyo caso correspondería á las aguas ocupar 19.000,000 de leguas ó sean las tres cuartas partes de la superficie, y la

tierra firme sólo unos 7.000,000 de leguas ó una cuarta parte de la superficie.

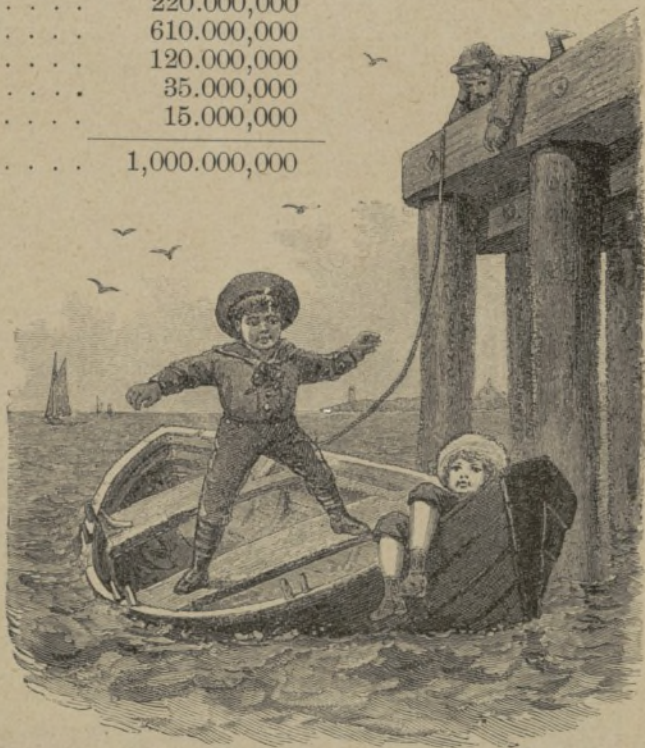
Otros estadistas hacen subir hasta 50.000,000 el número de habitantes en América, y á 55.000,000 en la Oceanía, cifras que nos parecen un tanto exageradas dada la inmensidad de islas apenas pobladas de ambas regiones; y, finalmente, creen otros autores que el total de la población del mundo se eleva á 1,000.000,000 de almas, descomponiendo la cifra de la siguiente manera:

Europa.	220.000,000
Asia.	610.000,000
Africa.	120.000,000
América	35.000,000
Oceanía.	15.000,000
Total.	1,000.000,000

*
* *

La circulación de la savia que nutre las plantas fué anunciada por primera vez en la Academia de Ciencias de Paris, en 1667, por el médico Perrault.

Algunos naturalistas de Hamburgo escribieron en aquella época sobre tan importante materia, pudiendo considerarse que fueron ellos sus verdaderos descubridores, aun cuando se quiera atribuir el descubrimiento á Malpighi, médico del papa Inocencio XII y contemporáneo de aquellos botánicos.



Una torpeza

*
* *

Con frecuencia habréis oído hablar de caballos de vapor, ignorando lo que son y la fuerza que representan.

El caballo de vapor designa en la industria un fuerza capaz de levantar en un segundo un peso de 75 kilogramos á la altura de un metro. El caballo de vapor representa, por lo tanto, según el cálculo más admitido, la fuerza de tres caballos de tiro; el caballo de tiro representa á su vez la fuerza media de siete jornaleros: por manera que el caballo de vapor produce la fuerza de veintiún obreros. Multiplíquese por 21 la cifra de 3.650,000 caballos de vapor que se explotan en Inglaterra, que es donde más propagado está su uso en toda suerte de industrias, y se tendrá un equivalente de 76.000,000 de jornaleros ahorrados merced á los adelantos de la ciencia.

**

El monte más alto del globo es el Himalaya. Forma parte de una gran cadena de montañas del Asia central, al norte de las Indias, consideradas como las más altas del mundo.

Entre ellas, dos picos, sobre todo, alcanzan prodigiosa elevación: el *Dhawalagiri*, 8,600 metros sobre el nivel del mar, y el *Chamalari* á 9,000.

El nombre *Himalaya*, en lengua india ó sanscrita, equivale á *morada ó montaña de nieve*, porque eternamente está cubierta de ella.

Igual significado tiene el nombre *Tenerife*, pico también célebre en la isla que le da el nombre. *Tenerife* se compone del nombre *tener*, que en idioma del país equivale á *nieve*, é *itte* ó *offé* á *monte* ó *montaña*.

El pico de Tenerife tiene 3,808 metros de elevación sobre el nivel del mar.

**

Hase probado que la fuerza muscular de los insectos es muy superior á la de los hombres.

Un hombre de la fuerza de un chorlito (relativo á su peso) podría levantar unos 950 kilogramos, y el que su corva fuese relativamente tan fuerte como el de una pulga podría saltar 150 veces su estatura, es decir, una elevación de 150 pies.

Se ha calculado la intensidad que alcanzaría la voz del hombre si el sonido que emite estuviera en proporción con el volumen del cuerpo comparado con el de la cigarra.

La cigarra se hace oír á una distancia de 100 metros. Un hombre regular pesa tanto como 6,000 cigarras. Si su aparato vocal fuese tan potente como el de dichos insectos, el hombre podría hacerse oír á una distancia de 1,600 millas es decir que desde París podría oírsele más allá de Constantinopla, hasta el Asia Menor.

Según estos cálculos, el desdichado que tuviese la desgracia de pillar un resfriado estaría en inminente peligro de muerte, ya que un estornudo suyo bastaría para derribar el más sólido edificio, y, en su consecuencia, á sepultarle entre ruínas.

No nos dolamos, pues, de la poquedad de nuestro órgano vocal: felicitémonos sí, de todo corazón, de nuestra inferioridad respecto á los pequeños irracionales.

TRINIDAD DE LA ROSA





✱ NUESTROS GRABADOS ✱

LA MADONA DEL GRAN DUQUE

(cuadro de Rafael)

Existe este cuadro en el Palacio ó Museo Pitti de Florencia, y se llama así, y también *La Madona de la Litera*, por llevarla siempre consigo el gran duque Fernando III, dirigiéndole mañana y tarde sus plegarias. Es una de las Vírgenes más sencillas que creara el pincel del genio de Urbino. De medio cuerpo y sobre un fondo de retrato, estrecha contra su regazo al *bambino*, pequeñuelo y tierno. Con los ojos bajos, humilde la postura y severo el traje, es tan modesta, tan virginal, tan angélica, que Fernando III podía, con toda razón, llevarla siempre, como hacían los antiguos con sus penates, y colocarla en su oratorio entre las reliquias de sus santos patronos.

EL MONIGOTE

¡Qué terrible, qué amenazador se les aparece á las chiquitinas! Pero ahí ese muchacho para tranquilizarlas y el perro para *defenderlas* en caso necesario. El muñeco, sin embargo, no deja de prestar su utilidad, así para espantar á los rateros nocturnos como para ahuyentar á los animales que podrían perjudicar los plantíos.

UNA TORPEZA

Basilio es un muchacho muy aficionado al mar. Muchas veces, cuando anda saltando entre las lanchas y los botes, se cae al agua; pero muy pronto vuelve á salir á la superficie como una bola de goma. Cierta día hallábase en el muelle una barca acabada de construir, en la que sólo faltaba poner un mástil, para lo cual habían abierto ya los trabajadores el agujero necesario en la cubierta. Basilio, que andaba por allí, tuvo la singular ocurrencia de introducir allí la cabeza; pero cuando quiso retirarla no le fué posible. Sus gritos y lamentos, y los golpes que descargaba en la cubierta con los pies, atraieron al padre del muchacho, que, al ver el apuro de su hijo, cogió una sierra pequeña y hubo de cortar un pedazo de madera para que el chico pudiese sacar la cabeza del agujero. Cuando Basilio se vió libre, tenía la cara muy enrojecida y había faltado poco para que se asfixiara.

—¿Por qué has metido la cabeza allí?—le preguntó su padre.

—Porque me pareció que podría sacarla; mas no conté con la nariz y las orejas.

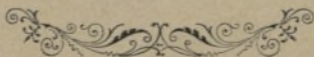
—Y ¿qué pensabas cuando tenías la cabeza en el agujero?

—Que si seguía así algún tiempo más, ya no vería la luz de mañana.

Basilio no perdió por esto su afición al mar, pero tuvo muy buen cuidado, en adelante, de no meter la cabeza donde no estaba seguro de poder sacarla.

¿QUE SERÁ ESO?

Muy humorístico es ese grabado, en el cual el dibujante ha acertado á darle forma humana á un Micifuf, sin hacerle perder, sin embargo, ninguno de sus rasgos característicos.





LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

Augusto dedujo que la estufa estaba ya vendida, y vendida á buen precio.

A las diez la estufa fué sacada del vagón y trasportada á una barcaza. A través del enrejado de la estufa, Augusto pudo ver las aguas del lago de Starberg. La embarcación cruzó lentamente el lago y abordó en la aldea de Leoni.

—Ha dicho ¡*Á las once!*—murmuraban los dos mercaderes.—¡Si fuésemos ahora á llegar tarde!

En Leoni los mercaderes estimularon á los faquines.—Nada más que una milla y media,—les dijeron,—y todo quedará listo, y os habréis ganado una buena recompensa.

Aquella última etapa del camino pareció terriblemente larga á los mercaderes y á los faquines, que se hundían profundamente en la nieve, y también á Augusto, que á cada paso recibía una nueva sacudida. En cierto momento oyó gran reunión de voces, pero no comprendió lo que decían. Los faquines hicieron una pausa y continuaron luego. Debían andar sobre alfombras, porque Augusto no oía el ruido de sus pasos, y además la atmósfera se había vuelto suave y templada, lo que probaba que se estaba pasando por piezas calentadas.

Por fin los tres hombres depositaron la estufa sobre una alfombra. Augusto se figuró que estaría en algún museo.

Hablaban bajo en torno suyo. Miró por el enrejado y distinguió muy cerca de él una cabeza de león, de marfil, llevando una corona de oro. Aquella cabeza de león formaba parte de un sillón que Augusto no podía ver por entero.

Había un suave perfume en el aire, perfume de flores. Augusto quedó muy sorprendido al percibir olor de flores en noviembre.

Una música exquisita, que parecía proceder de una pieza contigua, hirió sus oídos y se creyó en el cielo. Sin que pudiese darse cuenta de ello, se encontraba en el palacio real de Berg, y Wagner en persona tocaba uno los motivos de su *Parsival*.

Acercáronse nuevos pasos, y una voz dejó oír la exclamación ¡*So!*, sin

duda un signo de admiración. Después el recién llegado examinó la estufa en sus menores detalles. Por fin dijo:—Es una buena compra. Esa estufa es extremadamente hermosa. No hay que dudar: es obra de Agustín Hirschvögel.

Entonces abrió la puerta de cobre, y Augusto se estremeció de pies á cabeza. Habiendo quedado abierta la puerta de la estufa, la misma voz que



¿Qué será eso?

acababa de hacer el elogio de la obra de Hirschvögel lanzó una exclamación de sorpresa:

—¿Qué es lo que veo ahí dentro? ¡Un niño vivo!

Entonces Augusto, harto asustado para saber lo que se hacía, salió de la estufa y se arrojó á los pies de la persona que acababa de hablar.

—¡Oh! ¡Permitidme que me quede! ¡Os lo ruego, señor! ¡Dejadme quedar!—dijo sollozando.—¡He hecho todo el viaje en Hirschvögel!

Algunos señores se apoderaron de él, y aun, entre paréntesis, hubieran podido hacerlo con más blandura, y murmuraron en su oído, con acento irritado:

—¡Miserable! ¡Callaos! ¡Estaos quieto! ¡Es el rey!

É iban para arrojarle fuera, cuando el rey dijo dulcemente:

—¡Pobre niño! Es muy jovencito. Soltadle. Dejadle que se explique ante mí.

(Se continuará)

✕

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.